

lar, descollando altanero y arrogante sobre un alcor lindante al citado riachuelo, y un molino traspuesto un puentecillo, rincón poético y delicioso en grado sumo.

Pero adentrémonos ya por los vericuetos de la Historia. Esta nos cuenta que allá por los dramáticos años de la alta Edad Media y en el siglo VIII, un reyezuelo nombrado Abderramán I, que vivía en la entonces colosal fortaleza sepulvedana, personaje el tal rey agareno, que dada la época preñada de dramáticas, sobrehumanas luchas debió ser un ave rapaz de vuelo amplio y fulminante acometida, que no sólo resistió cercos, invasiones y ataques cruentos, sino que aun su curvo alfanje, simbólico pico aguilino y garra conquistadora, estremeció el llano..., y así surgió este castillo, seductor acento de nostalgia oriental..., un oasis de paz para las treguas bélicas y espiritual remanso para las almas brindaban sus muros, y a ellos se acogieron los Infantes don Fernando y doña Leonor, y si la Infanta devanara sus sueños entre rucas de crepúsculos, el Príncipe hallaría campo propicio a sus ansias venatorias en el monte y la sierra, pródigos para tensar el arco en blancos certeros en las especies volátiles y montaraces, hasta ocupar años atrás el trono de la corona aragonesa.

Supieron sus estancias de la amorosidad y devoción que las prodigara el Condestable de Castilla, don Alvaro de Luna, y, como fruto, las restauraciones y embellecimiento del castillo, siendo luminar esplendente durante su privanza rectora en la corte de Don Juan II. y luego mortecina luciérnaga en la noche oscura y dramática degradación política sufrida entre los muros de la próxima fortaleza sepulvedana, volviendo la llaga viva del dolor nuevamente a abrirse aquí, en Castilnovo, con la presencia del malaventurado don Enrique, hermano del Almirante de Castilla, a raíz de la cruenta batalla de Olmedo, el 19 de mayo de 1445.

Y, andando el tiempo, cuando a los Reyes Católicos sus sabios e infatigables menesteres de buen gobierno les llevaran de Burgos a Segovia, ante ellos surgió una vez más, entre cierzo acerao y abrasadores rayos estivales, este castillo prócer, ameno y pintoresco, como una llamada dulce y tentadora de este oasis placentero do recobrar energías espirituales y físicas, harto quebrantadas por tan sublimadas empresas, hasta el punto de adquirirle los reales esposos, honrándole con su presencia frecuente hasta cederle, como rica presea soberana, a una sobrina predilecta, instaurándose el ya lueño mayorazgo del Condado de Castilnovo y sus anejos Villafranca y Valdesaz.

Las centurias no desfilaron reverentes ante sus venerables piedras, pues la ruina y desolación abatió lienzos, desmochó torreones y almenas, socavó sillares, desplomó estancias, sembrando de escombros el castillo, que, a bien seguro, desapareciera su fábrica total, si un venturoso día del pasado siglo no fuera ad-